



ANIVERSARIO DEL "CABILDO ABIERTO".

(Fotografía Juan Carruso).

Con una ceremonia de alto contenido patriótico, fue conmemorado en los históricos salones del Cabildo, el 151 aniversario del Primer Cabildo Abierto de 1808, en Montevideo, con asistencia de alumnos de las escuelas públicas.

EL REIDOR Y LA GUARANGA

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA COMEDIA

UN tipo de una superficialidad desconcertante, payasesca, impresionó vivamente a Gregorio de Laferrère: el reidor, el hombre de fácil disposición a la risa injustificada. Aquí Laferrère muestra que tenía el sentido de lo burlesco tanto como de lo trágico, lo mismo que lo tenía Francisco de Rojas Zorrilla. La locura humana habría hecho reír, como a Demócrito, antes que llorar constantemente, como a Heráclito, aunque no le conmovió nunca de una ni de otra manera, porque no tenía el sentido de la indagación, sino el de la observación. A pesar de ello, era capaz de la ternura y la piedad hasta las lágrimas. El final del segundo acto de *Las de Barranco* — obra en la que se ha visto cierta reminiscencia de *Le Vergini* (Las Virgenes) de Marco Praga, y en la que su autor "llega a la veta humana en la pintura de costumbres", como lo anotaba Alfredo de la Guardia, es de una emoción enternecedora. Pepa, la olvidada por los hombres, ha sido halagada por primera vez en su vida. La han obsequiado significativamente.

Vemos.
Pepa (después de un momento de silencio y con la cara resplandeciente de felicidad): ¡Ay!... mamá... mamá... ¡qué contenta estoy!

RECUERDE U.D.

El Hogar



LA SUPER CERA
QUE LIMPIA
DA COLOR
ENCERA Y
DESINFECTA
SUS PISOS.

CLINICA DENTAL YAGUARON



PROTESIS INMEDIATA
TODOS LOS DIAS DE
8 A 11 HORAS.

HORARIO CONTINUADO

Yaguaron 1533

(A. Vidal de Cusiné)

CASI PAYSANDU

CUIDE SU DINERO REPARE SU

CITROËN o RENAULT



En un Taller
Especializado
Personal con
más de 10
Años de
Experiencia



Stock Permanente de Repuestos
Pintura Lavados Engrases Mecánica Electricidad Chapa

GARCIA VARELA Ltda.
GALICIA 1428 Y MEDANOS - Tel. 40.45.30

Doña María (preocupada, examina el botón): ¡Y tenés razón! ¡Porque es precioso! Manuela (ocupada en lo mismo): ¡Lindísimo!

Pepa (con voz desallegada): ¡No!... mamá, no. ¡No es por eso!... (Se deja caer sobre una silla y a pesar de tener la cara sonriente y expresando gran contento, se lleva el pañuelo a los ojos para contener las lágrimas que de ellos brotan).

Doña María (después de mirarse con Manuela demostrando asombro, se acerca unos pasos seguida de ésta): ¿Qué tenés?

(Pepa sin contestar apoya la cabeza sobre los brazos y llora en silencio, lo que hace detenerse a la distancia a doña María y a Manuela, que revelan estupor. Después Manuela quiere precipitarse sobre Pepa y doña María la detiene con el brazo extendido): ¡Dejala! ¡Ni cuando murió su padre la había visto llorar!...

Pero volvamos a la risa; la risa, pues, viciosa, inútil, una escamoteadura que lo llena todo de desperdicios. Alguna mujer reidora surca la escena de Laferrère, pero dos ejemplos, especialmente, destacables, cascabelean cómica y acaso fatigosamente en diversas situaciones. El hombre que "no hace más que reírse", que "de todo se ríe", está pintado magistralmente en *Las de Barranco* y en *Los invisibles*. En la primera es el dentista Leónidas Barroso — que "ríe imbécilmente" —, y en la segunda (última creación de Laferrère) es el menos superficial don José.

No sólo la risa bobalicona, pero indiscutiblemente sincera, sino también la risa simulada y falaz; y en primer término esta risa perseguidora de provecho propio antes que del perjuicio ajeno, y a pesar de él. El fraude, la superchería de la risa, de esos reidores interesados, fue, en realidad, lo que ocupó la atención de Laferrère. Tanto es así que nuestro autor armó su mejor comedia sobre el sentido utilitario de la risa de encargo. Se ha visto ya el proceso de *Las de Barranco* a través de un monólogo titulado *¡Reíte un poco!*, palabras que doña María le ruega concretar a su hija Carmen en dos oportunidades (primero y segundo acto) en la persecución de alguna utilidad: "Por favor, Carmen, no estés seria con Rocamora... ¡Reíte un poco!" Y, otra vez: "¡Ser de otro modo, mujer! ¡No ponerle esa cara de vinagre con que ahuyentás a la gente! ¡Sé amable, reíte un poco!" ¡Ah, pero una risa que reditue dando sólo la simulada alegría a cambio de nada; o, mejor dicho, una risa que a cambio de ella sola todo se le dé! Porque no ha de permitírsele que el simulado agrado o contentamiento tenga alguna derivación amorosa que se cobre lo que en principio, como atención, ella pueda devengar. Ya sabemos que "casándose Carmen se concluye el filón y la casa se derrumba"... ¡Pobre Carmen! Su risa — la risa a que le esfuerza su propia madre — ha de ser para ella la risa accidental del conejo, que le sobreviene en momentos de morir...

Otro tipo; la guaranga.

La guaranga, que entronca genealógicamente con las groseras y descargadas mujeres de Galdós, y con algunas otras comadres españolas, y que entre nosotros acababa de pintar sagazmente el costumbrismo de Fray Mocho. La guaranga calculadora, egoísta, prepotente, pateadora y sableadora, con mucho brío, mucha pujanza, mucho ímpetu y mucha ocurrencia viva de gitana.

Pero sobre todo, doña María tiene ascendencia en las mujeres groseras de don Benito.

La guaranga, puesta en contraste con la pacatería de enamorados cortos y fatuos, a quienes maneja en provecho propio con dengues y socarronería, aunque algo espasada asimismo por la ineludible superstición. Una "voluntad brutal" que termina por descalabrarlo todo, y que sólo contemporiza en la persecución del rédito.

¡El rédito! He aquí, a mi ver, la vibración dramática de esta comedia. El rédito con todas sus secuelas, especulado por un instituto de conservación guarango, explorador de todas las posibilidades, es el resorte que movió principalmente el interés de Laferrère en esta imponderable creación.

Ahora bien.

Innovador del teatro argentino, que refleja con singular ingenio la sociedad de su tiempo, Laferrère nos recuerda a Leandro Fernández de Moratín. La única diferencia es que Laferrère no es arbitrario o ilusorio como el español (sus personajes lo son en

sus propias obras, refrendan esta afirmación sobre la influencia de aquél — creador, feliz, hombre infeliz —, contemporáneo y antecesor de éstos.

La manera de crear de Laferrère y sus consecuencias tienen también un parecido asombroso con las de Ramón de la Cruz, y



Maria Esther Ducke y Perla Santalla en una escena del primer acto de *LAS DE BARRANCO*, de Gregorio de Laferrère, que con la dirección de Francisco Petrone representó recientemente en el CIRCO ARENA de Buenos Aires.

cambio, y exageradamente) que necesita de estas habilidades para disimular la propia despersonalidad. El escamoteo que hace Moratín en la literatura francesa (v. gr. *El sí de las niñas*) es semejante al que Alano Renato Lesage (v. gr. *Le mariage de vengeance*) hace de la española. (No imitó *El diablo cojuelo*, de Luis Vélez de Guevara?

La literatura escénica española del siglo dieciséis y diecisiete, especialmente, influyó — y en primer lugar con Rojas Zorrilla — en el teatro francés. Lesage — creador de la novela de costumbres en Francia —, la sintió sobre sí y dentro de sí, como ninguno; sobre todo la comedia picaresca. Lo burlesco de Rojas Zorrilla le impresionó más que lo trágico.

Aunque lo más importante (y curioso) es que de un americano — Juan Ruiz de Alarcón —, y al cabo de sólo un siglo de América, haya derivado el clasicismo cómico francés. Considerado esto accidental, aun argumentándose la notoria influencia de España en el autor mexicano, de cualquier modo no es posible desconocer que la comedia clásica francesa — la italiana también, v. gr. Goldoni — se alimenta y cobra espiritual resonancia — y sin que haya de desconocerse características originales propias — por obra y gracia de Ruiz. Las declaraciones de Corneille y las confesiones de Molière, como asimismo el testimonio de

he de referirme a Benito Pérez Galdós para asignarle consideraciones destinadas al autor español que los identifica no sólo en el hecho de que Laferrère documentara como nadie, entre nosotros, la burguesía del novecientos, y de la Cruz — "el mejor pintor" — las costumbres del último tercio del siglo dieciocho. Así, pues, "don Ramón no tomó jamás en serio la profesión artística", porque no sabiendo estimarse en su verdadero mérito ni tener la dignidad de su ingenio, "escribió por entretenimiento, movido por la casualidad, como él mismo dice", no acertando a comprender "los tesoros de arte que su propia feliz observación le ponía ante los ojos". Escribiendo ambos "por una especie de necesidad instintiva" produjeron "una imagen artística" de la sociedad que compartieron "por donde mejor y más directamente la conocemos". Y aun en los defectos — que entrañaban en sí también una virtud —, se hermanaban y parecían, porque a la obra de uno y a la de otro les falta "la lógica de la acción; carecen de organicismo, de juicio, de esa sensatez que exigimos aun a los productos del humor más desenvuelto y voluble; pero no hay en ellos ni sombra del vicio más funesto para las obras de arte, el fastidio".

Julio IMBERT

(Especial para EL DIA)



Esquina clásica, que más parece una anti-gua fortaleza. En ella el bar se quedará hasta el fin.



A cualquier hora se puede comer, porque el trabajo es a lo que venga.



Esta es la primera página ilustrada en la nueva edición de la vida de incontables ciudadanos, que han venido a nuestro País, por el ancho camino del mar.

NO SE ENTRA PORQUE SI EN LOS FIGONES DEL PUERTO

ESE bar, que nos sale al paso en cada esquina, es el descendiente inmediato y bien venido, del taciturno "despacho de bebidas" que estaba en la trastienda, donde la lamparilla de 50 bujías pendiente de un hilo, volcaba por la noche contra la pared, el empinado perfil de los habituales clientes sentados en el banquito de madera junto a la mesa rasa, en que oficiaban de extraños floreros, una botella de medio litro y dos vasos.

...ar a raso al boliche, y a menudo también, a la "provisión", a la que se trababa por el otro lado, esquivando la barrica de yerba y la pirámide de latas de aceite.

La máquina registradora, cuyo teclatón hace saltar los números sin cesar, ha impulsado, es obvio, la proliferación de este negocio, rápido y efectivo. Pero es, tanto como otras cosas, la necesidad que se siente de detener el paso, aventar la preocupación tensa, o algo así, lo que determina la afluencia diaria de miles de personas en torno a las mesas siempre atrayentes, sobre los taburetes de vivos colores, junto al mostrador que se tiende con bandejas, platos, vasos y pocillos, como un puente entre la posibilidad y el deseo.

Este es el bar indiscriminado, al que todos entramos.

La condición o pretensión de la gente traza, sin embargo, su línea demarcatoria también en este punto. Un cliente de los bares costeros del inmediato sureste, entrará si entra, de mala gana en los ahumados bares del Puerto, donde la vida es ta-

jante, clamorosa y sin velos; y la clientela de éstos, jamás ni de fiesta, pondría los pies a gusto en un bar donde todo es policromado material plástico y luz indirecta.

No se entra porque sí, a estos viejos negocios que se hacían en la zona portuaria, diseminándose en zig-zag entre casuchas, recovecos y proas callejeras, por la franja linder a una y otra margen. El impulso de cambiar el trato obligatorio por el espontáneo, trocando la ocupación por el asunto, de hacer que el tiempo pase, de esperar acaso no se sabe qué, apresura los pasos de la tratinada concurrencia vecina a estos bares, cuya nomenclatura se vierte al lugar, a las cosas del agua o del oficio. Allí están "El Primer Temerario", "La Recalada", "El Dragón", "Miramar", "El Pobre Marino", "Ciclón", "Valentín", "La Bahía", "El Patriota".

Otras veces, esas letras escriben el nombre de la nostalgia: "Iberia", "La Patria de Colón", "La flor de Pontevedra", "Oviedo", "Vigo".

En todos ellos, boinas, gruesas tricotas, sacos de dura tela como la vida, pantalones azules, doble suela. Se golpea las manos o se pega con el puño, en demanda del ma-

zo de cartas y la botella de reglamento. El letrado proclama al entrar el plato del día. Un plato solo, rara vez más, pero eso sí de dos pisos. Se leerá también en lugar preferente: "Pruebe el vino de la Casa".

En ese bar, entre el humo, los gritos y los largos silencios, está a menudo la sencilla amistad que se quiere, y el contenido de una vida que se siente vacía. Rara vez entra allí una mujer. No es el dancing, ni la whiskería. No pocos clientes concurren huyendo de la soledad, esa soledad que otros van a buscar. Puede ser algo que se ha dejado cerca, o lejos, tan lejos, y que a veces se aproxima sutilmente entre la espiral de humo o el vaso a medio beber. Puede ser también la presencia que se sabe insensible, a menudo hostil, paredes adentro... ¡Puede ser tantas cosas! Se huye de la soledad o se la busca, porque está hecha de desolación y encanto.

El automático ciudadano, hecho a la corteza, a la indiferencia, al reloj, al pantalón planchado, que rara vez transita por aquí, hará bien en entrar a un bar de éstos. Se ha de quedar un rato sin duda en este viejo mundo, donde el afán palpita en forma distinta, entre la nostalgia y el olvido; donde la esperanza hace una mueca, que di-

cilmente puede ser una sonrisa; donde todo, el dolor, el deseo y la dicha, parecen estar sujetos con amarras y cables.

Enfrente, detrás de los depósitos fiscales, sobre el fondo del cielo, se empinan grúas, mástiles, chimeneas, adecuándose en conjunto al tamaño de la ventanusa, para que quepa también el trájín de camiones y autos que salen del Puerto o marginan el alambrado que define la zona portuaria.

Todo eso, va penetrando en el aire, los muebles, los vasos, la luz, las cosas del bar.

En su rincón, está el apartado cliente de siempre.

Costaría alterar la dignidad de su silencio y su mirada triste. Mira apenas sin fijarse al parecer en nada... No se inmuta por los que entran o salen haciendo ruido. Ama sin duda esa semihuz, y se siente bien allí. No da la sensación de estar sujeto a una ocupación apremiante, y su atuendo correcto combina con todo lo demás.

Alguna vez, de las que he concurrido a este figón, semejante a un barco viejo sacado del agua y puesto junto a la Rambla, para calafatear y remendar, he sentido deseo de hablar con este hombre otoñal, rico sin duda en la sugestión de las cosas, con algo del bontanar que fluye entre raíces y piedras ocultas...

Me ha contenido cierto temor, como si al acercarme a él me arrojara al borde de un abismo.

Enrique Ricardo GAREY.

(Especial para EL DÍA).

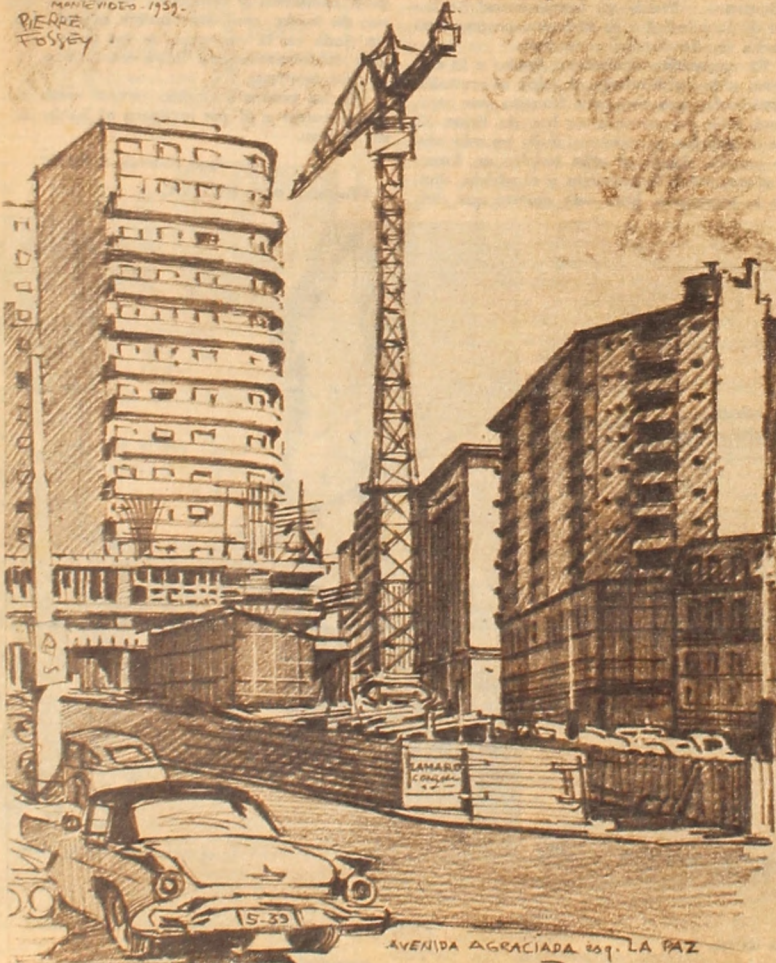
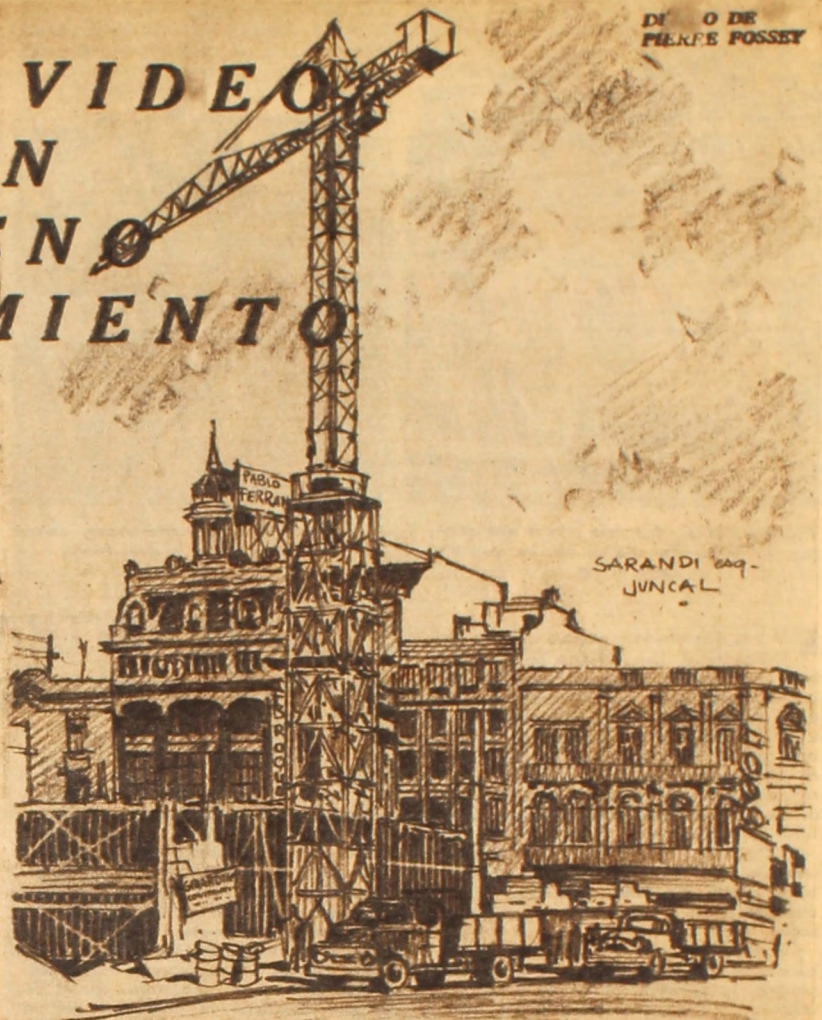
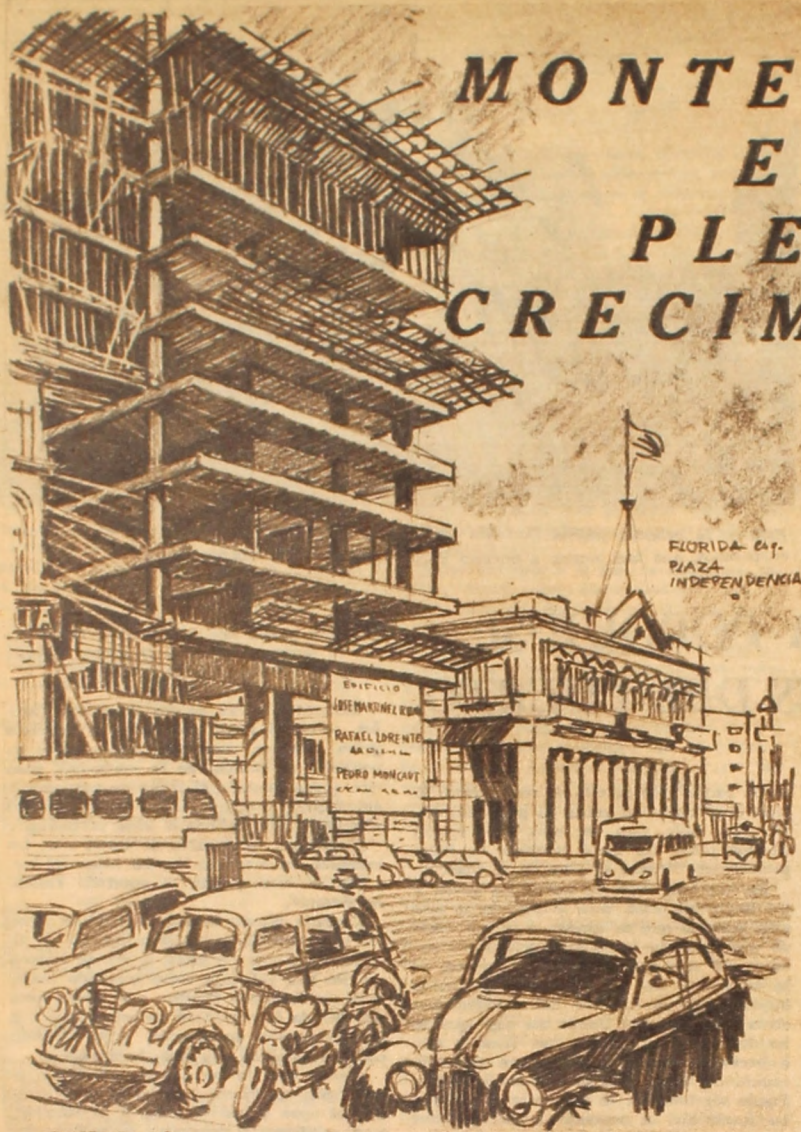


Después del trabajo, un poco de sol conversando; luego será el mazo de cartas y el medio litro, repetido.



Viejísimo bar, visitado a diario por trabajadores del Puerto. Mástiles y chimeneas inmediatos, invitan a partir.

MONTEVIDEO EN PLENO CRECIMIENTO



HOMBRE Y ANDANZA:

LA HISTORIA CAMINANTE

"VIJAR es necesario..." Cuántas veces nos hemos repetido el dicho antiguo, cuántas hemos sentido, en la quietud de nuestro rincón, el acoso de la distancia, la nostalgia sin motivo de lo ignorado, de lo que no conocemos y apenas sospechamos? A veces el deseo insatisfecho ronda y muere, y la fantasía se evade en trayectos ficticios y ensincha a su manera el mundo. La limitación del hombre nace del conformismo, de la resignación que alza barreras en torno suyo. Si en él alienta la rebeldía, ya están rotas las amarras.

Y nos detenemos en este ancestral llamamiento migratorio del que son muy pocos los excluidos. Porque los sedentarios y satisfechos son los menos: felices, cobardes, o sin imaginación, temerosos y apegados al bien precario, sin la audacia magnífica de dar el hoy medidamente seguro por el mañana esperanzado e incierto, no es para ellos la peregrina y sagrada inquietud que hizo el alma del universo, el andar y ver que enriquece la experiencia humana.

Po que es verdad que la obra de arte o el hallazgo de la ciencia nace del re-ogimiento del taller o del laboratorio. Pero mientras una parte de la humanidad domesticó el anhelo andariego, la otra incorporó a su andanza la dimensión total del planeta, y es lo cierto que nuestros más remotos tatarabuelos fueron viajeros impenitentes, que nos dejaron como legado la herencia ambulante.

La historia se hizo andando. Pueblos en movimiento jalonan el itinerario de los siglos. El hombre cazador del paleolítico, siempre tras la presa, se volvió en el neolítico criador de animales domésticos, y la búsqueda de buenas pasturas determinó la vida errante, belicosa y dura, en contraste con las tribus sedentarizadas por las tareas agrícolas. De un lado a otro llevó sus armas, sus tiendas, su afán de ir más allá. Atravesó llanuras y montañas, traspuso horizontes. Pescó en la orilla de los arroyos. Pero un día la tierra firme no le fue suficiente; se aventuró en los ríos, bordeando las costas para no perderse. Por tierra y mar abrió rutas; las caravanas cruzaron los desiertos; embarcaciones rudimentarias surcaron las aguas: todo era descubrir caminos. Fenicios o griegos, romanos o cartagineses, Augustos o Carlomagnos, quisieron adueñarse de áreas inmensas que se iban empujando a medida que las abarcaban; la expansión territorial, el ansia de imperios dilatados procuraba en el retroceso de las fronteras, prolongar los límites de la ambición, la temeridad de abrazar el orbe, por una sed de poderío gestada, en el fondo, en el riesgo aventurero que rige toda empresa humana.

El relato histórico es la apasionante trahumancia de los pueblos. Germanos, hunos, árabes, carolingios, ofrecen la misma constante: invasiones, poder, debilitamiento de la hegemonía, desmembramiento, vasallaje a nuevos conquistadores. Un núcleo humano se siente incómodo entre las fronteras de su territorio y se lanza sobre las del vecino: la crónica de las batallas esconde ese viejo apeito ambulatorio. Siempre el individuo necesitó ir hacia el peligro o hacia lo ignoto; siempre buscó un sendero nuevo; cuando ya había probado el embrujo marino, le fascinó la atmósfera; y las alas mitológicas de Icaro, precursoras, andando los siglos se convirtieron en el emblema más remoto de la aeronáutica, sin olvidar que, en la realidad, Leonardo imaginó un planeador que sería el antepasado de todos los aviones modernos.

Hay un ímpetu romántico en la epopeya caminante que ensanchó los horizontes conocidos. La imagen del peregrino con el hatillo al hombro, que pide hospedaje en los castillos, es familiar en la Edad Media. La pesera también anduvo por los caminos, llevada y traída por los juglares que transita-



El espíritu heroico y aventurero que animó las Cruzadas, dejó como resultado positivo el haber puesto en comunicación el Occidente con el Oriente. "La toma de Jerusalén. Tapiz del s. XV. Saumur, Notre-Dame de Nantilly).

ron las rutas del medioevo. Cuando, surgiendo de un propósito religioso, las Cruzadas, que repercutieron en todos los órdenes de la estructura feudal, vincularon el Occidente con el Oriente, del que trajeron el papel, la pólvora, las especias, los objetos exóticos, se intensificó el ansia de correrías por suelos remotos. Instigados los caballeros por la inquietud hazañera, recorrieron el Mediterráneo, el Asia; la India, Persia, la China, Arabia fueron las zonas fabulosas que arajeron sus exploraciones. Los pueblos del Báltico, en los que sobrevivían con la grandeza brumosa de las sagas, los arrostes legendarios de los vikings, se lanzaron al mar con la misma pasión con que los portugueses, siguiendo el ejemplo de Enrique el Navegante, se adelantaron por mareas desconocidas. Cuando el hombre supo utilizar la pólvora, se sintió seguro, porque tuvo un arma; cuando conoció la brujía se sintió seguro porque tuvo un rumbo. Y todo fue andar. Un visionario que partió de Palos, tropezó un día con un continente nuevo. Y del Viejo Mundo comenzó a afuir un contingente de aventureros que salió en procura de algo, fortuna, grandeza, honores, poderío, que avivó en las imaginaciones la dimensión de la travesía azarosa. La gran

novela de caballería antes del Quijote y la gran novela de capa y espada antes de los Mosqueteros, la esribieron a punta de coraje y sangre aquellos hidalguelos segundones que por una quimera se jugaban la vida. La codicia desató la piratería, y hendidieron los mares galeones tenebrosos que enarbolando la bandera corsaria, inflamaron la fantasía con la fábula del coraje que enaltecía a bandidos célebres con el halo seductor de la proeza. Después de los piratas, los estudiosos, los naturalistas, los escritores; luego, más tarde, mucho más tarde, ay, el turista. Descubierta el mundo, había que anotarlo, describirlo, contarlo. Los libros de viajes nutren la obstinada hambuna movediza de los quietos.

Más, de un universo en conmoción perpetua, de un remolino de conflictos eternos venimos, ¿y ha de pedirse al espíritu, paz y sosiego, serenidad y equilibrio? El individuo trepa al auto, al barco, al avión, a los trenes. Se traslada de un sitio a otro sitio; se busca, peregrino de sí mismo, en el trayecto sin reposo. Al fin el planeta le resulta estrecho; y va en busca de Marte, de la Luna, como si el afán insaciado de dominarlo todo le indujera asimismo a destruir todos los símbolos de lo inaccesible.

Cemino adelante, mar adelante, cielo adelante, ¿qué permanece intacto para la imaginación, sedienta de un ideal que no pueda tocarse con las manos? Si según se sostiene, acaba de hacerse blanco en la Luna, muchos siglos de poesía y sueño han sufrido una herida incurable. ¿Qué pensarían hoy, los pastores caldeos que hace miles de años contemplaban absortos el movimiento de los astros?

El hombre va haciendo la historia, y la historia va inscribiendo en ella al hombre que la hace. "No hay más que inquietud", proclamaba con ardor Rafael Barrett en una página inolvidable. De esa inquietud nace el noble desvelo, la vigilia fecunda, lo mismo que el ensimismamiento adolorido, la nómina de fracasos que vulneran de rencor a la criatura. El viaje suele ser la receta acostumbrada: cambiar de lugar ya que no se puede cambiar de alma.

Siempre en marcha, la vida es en sí misma la sola y deslumbradora aventura. Y el hombre y su andanza, quienes esculpen sobre el tiempo el rostro de la Historia.

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)

Elogio del LIBANO



Un aspecto de la montaña libanesa.

El actual Líbano —la vieja tierra fenicia— está, como si dijéramos, duramente incrustado en la roca. La montaña se levanta a la vera del mar y las masas de las veces, ha sido necesario cortarla para configurar el camino que bordea el agua. Luego, en la pequeñez de su territorio, los pocos valles fértiles se aprician entre grandes rocas y se afirman, como tales, contenidos por grandes masas ráspidas entre las que serpentean las bien trazadas carreteras o las muy cuidadas sendas que relacionan a los habitantes de las aldeas, unos con otros; eras que, además, obligan al penoso ascender o descender por planos inclinados y pedregales descuidadamente tallados y regularizados luego por el sereno y continuo deambular de las gentes. La producción agrícola del Líbano, es, entonces, el milagro de una asidua actividad humana. En las grandes laderas de la colosal montaña, singularmente movimentada y varia, se levantan muros de contención paralelamente dispuestos siguiendo la curva del trazado natural; allí se forman, entonces, terrazas donde la tierra recogida se mantiene y no sufre la imperiosa erosión o la caída natural permitiendo que, así, el cultivo se mantenga y sea eficaz.

Si los egipcios —de muy antiguo, construyeron un país habitable gracias a un río y de acuerdo con las previsiones que a su respecto son tradicionalmente necesarias, los libaneses mantienen viva su tierra, pese a que es, por definición geográfica, un contrasentido. El egipcio tiene el regalo de las inundaciones del Nilo; pero debe saber guiar y organizar esos desbordes periódicos, hacerlos regulares y beneficiosos para el cultivo y para todos los requerimientos de la convivencia. Los libaneses tienen otro problema: un problema al revés. No se trata del valle; se trata de la montaña; esa montaña que, por sí, debía alejarlos, volcarlos al mar; pero al edecor de la montaña, pese a su seco imperio, a su árida presencia, han levantado el país.

Uno se acostumbra pronto, ciertamente, a ver esas terrazas serpenteantes, abrazando a un paisaje, reuniendo la obra del hombre con la obra de la naturaleza inhóspita. Son muchas; siempre se las descubre al viajar por su interior o al atisbar desde las puertos el paisaje que predomina naturalmente sobre nosotros. Tienen siglos, seguramente; y muchas han sido reparadas hace años o antes de ayer. Pero es como una afirmación atenciosa de fertilidad, formulada a pesar de

todo, por un acto de voluntad. Se han preñado a esa tierra y ya forman parte integrante de ella. El país poblado de cedros, que alimentó con sus maderas al mundo antiguo, es ahora, una montaña festonada por huertas que exige un permanente cuidado. También se aprende, por esa experiencia visual, cómo y por qué los antiguos fenicios se extendieron en un imperio marítimo. Era inevitable, imperativo, casi inexcusable, ir hacia el mar y usar la costa —maravillosa costa— como apadero. Fuera de allí encontrarían todo lo que en casa faltaba y llevarían, de esa manera, al mismo tiempo, con la industrialización y el comercio, otra necesidad del mundo viejo.

Tal tipo de paisaje es, ciertamente, estrepando; pero, por su estructura extraña de, asimismo, además, la referencia para otra instancia del asombro cuando se llega, alguna vez, a un valle natural, en la altura, entre las altas cadenas. Allí, donde la tierra está henchida y es rica sin urgencias de ayudas ortopédicas, sin muletas; allí donde la manzana es pequeña y su dulzor resulta distinto y mordor la fresca pulpa jugosa del fruto recién arrancado, se define como una delicia incomparable.

De todas maneras, las aldeas no son como las de los valles normales. Ninguna de esas aldeas de montaña tiene el trazado que a su condición corresponde según lo que siempre imaginamos respecto a aldeas. Las casas se separan y se ubican en distintos planos. El vecino no está normalmente, puerta con puerta; queda lejos; se habla con el gritando, pero sin esfuerzo pues la voz resuena fácilmente en los sitios encantados. Las casas se rodean de huertos y éstos se extienden, porque lo hacen hacia abajo o hacia arriba y muy pocas veces en el plano. La llanura, por la que se llega al oasis de Baalbeck, es insólita y difiere de todo esto: es amplia, extendida, con grandes predios cultivados en extensión. Es el contraste; es lo diferente. Pero ser diferente, siempre diverso, guardar y exhibir la sorpresa, el punto de vista que no esperamos, es una cualidad de la tierra libanesa y a ello también forma parte de su encanto.

Hay, ciertamente en la montaña, pueblos más organizados: son los sitios de verano, altamente cotizados, con hoteles de lujo y casas presuntuosas entre calles claramente definidas dentro de un núcleo urbano también normal, aunque de alguna manera, ramificante. Ocurre que en el verano la costa resulta fuertemente caliente, el aire se hace



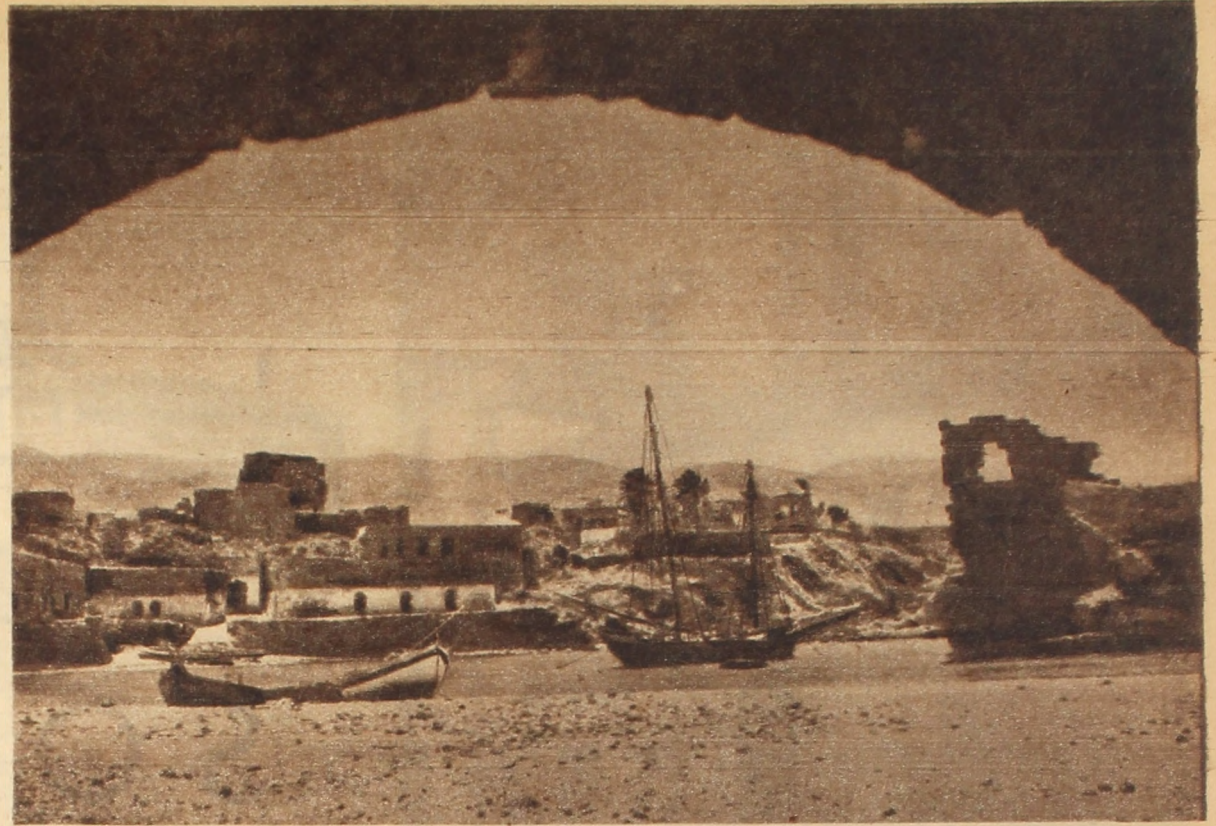
La antigua Sidon con su viejo castillo de tiempo de los Cruzados.

sofocante y poco acogedor. El baño en las playas elegantes y de extensión inevitablemente reducida, es lo único que por allí se mantiene atrayente. En la montaña, la cosa cambia: una brisa deliciosa y perfumada vivifica. Y como al oriental le gusta vivir bien, comulga con sus conveniencias directas. Por otra parte, para ir a su casa de la montaña o al hotel que arrienda por temporada, sólo requiere unos minutos de auto. Puede compartir el saludable estar en la altura con el baño de mar si le conviene y cuando le conviene y pue e. De todas maneras, ese país fabricado a fuerza de trabajo está habitado por gentes que parece que nunca tienen que trabajar.

Sea usted huésped de alguien y lo sabrá de inmediato. Para ser huésped hay, simplemente, que llegar de afuera. La hospitalidad es, todavía, una virtud intensamente cultivada por los pueblos del Oriente Medio. Al fin, para un eriollo medido, esa condición termina por resultar abrumadora. No haga Ud. muchas visitas en un mismo día; en cada casa lo recibirán con tiempo — nada hay que hacer sino atenderlo; o así lo parece al menos — y le darán algo de lo que mejor tienen. No extrañe, ya que siempre tienen algo guardado para el huésped. Si es la época: miel de uvas o dulces de rosas; siempre, el buen café turco o la fruta de estación o las golosinas empapadas en agua de azahar, rellenas de nueces o de almendras, o el pistache verdeante. Agasajar, dar, es una obligación de aquel a cuya casa se llega; también es obligación el recibir, aunque, claro está, después de algunas corteses regativas y reiteraciones que forman parte del juego. No habrá, al fin, oposición rotunda; ni una úlcera de estómago ni la más alta presión sanguínea documentada, pueden justificar el rechazo de lo que se obsequia; de todas maneras, hacerlo así parecería una descarada e improcedente cortesía.

Antes, todas las viandas se hacían en la casa y se guardaban en arcones para festejar el momento propicio del huésped que llegaba; siempre había de llegar algún huésped; no se podía ser tan pobre que ni esa esperanza de obsequiar quedara para alguna indeterminada vez posible. Hoy hasta el "labe'n", la leche agria — que no es agria — se adquiere de fuera. Pero el procedimiento se mantiene. Y el visitante no tiene por qué meterse en esas innovaciones modernas, que son conveniencias domésticas y que, de todas maneras, no lesionan el resultado feliz de la visita. Pero por eso también digo que no resulta práctico acumular visitas en poco tiempo, salvo que se sea un glotón. Y para la gula están hechas esas exquisiteces que se brindan de manera tan natural.

Los puertos son, por supuesto, otra cosa. Ya he hablado de Beirut, que tiene larga historia, pero no tanto prestigio histórico como Trípoli o Sidón. Si en Biblos — todavía más augusta en la gustosa rememoración de su antigüedad serena — el pequeño puerto es ahora puerto de pescadores y tie-



Biblos; el viejo puerto.

ne la nostálgica presencia de un presente imposible, de una vigencia inútil y deliciosa, en las otras ciudades, el tráfico marítimo es intenso y las urbes se apretujan fuertemente alrededor de las ruinas para imponer su autoritaria presencia. En ellas además, el núcleo musulmán es muy fuerte y, por tanto, el tipismo — esa admisible persecución turística — se advierte de manera más confirmatoria y amena; y el contraste salta a los ojos, evidentemente. En frente, en el mar, los restos de un viejo castillo construido por los cruzados, lugar para la observación lejana y base de algún juego de muchachones que, seguramente, no rememorarán historia. Allí, algo lejos, los grandes barcos petroleros. Más acá, las mezquitas y las calles apretadas y concurridas del zoco donde todo se vende en tanto, a la vista, se tejen los mimbres o alegre-

mente se clavan los clavos para los muebles y los ataúdes o se emprenden intrincadas decoraciones de madera intarsada con hueso. Los chiquillos corren entre las gentes; algún viejo sentado en cucullas repasa largamente, eternamente, las cuentas flojas de un rosario de ambar, suave al tacto, buen vehículo para esa distracción que consiste en la terrible hazaña de matar el tiempo. El vendedor de aceitunas, de dátiles, de "bemme" o de dulce de damasco seco y comprimido en hojas, como cuero, el que fuma su narguilé, el que golpea en el útil que trabaja, el comprador preocupado, todos, salvo las mujeres cubiertas con sus velos negros, presurosas y furtivas, nos miran como seres extraños; hasta que nos sentimos ciertamente ajenos, como actores que se han metido en otro escenario. Y nos vamos, avergonzados, a enfrentarnos con

el mar y la montaña, a hacer tiempo para nuestra cena de hojas de para yeli mas, de puré de garbanzos con aceite de sésamo o de panchos de trozos de carne asada, bien acompañados de cebolla picante.

Beirut, ya lo dije, tendrá todo esto, pero será otra cosa, porque si lo tiene, está presente de forma muy distinta y en otras dosis.

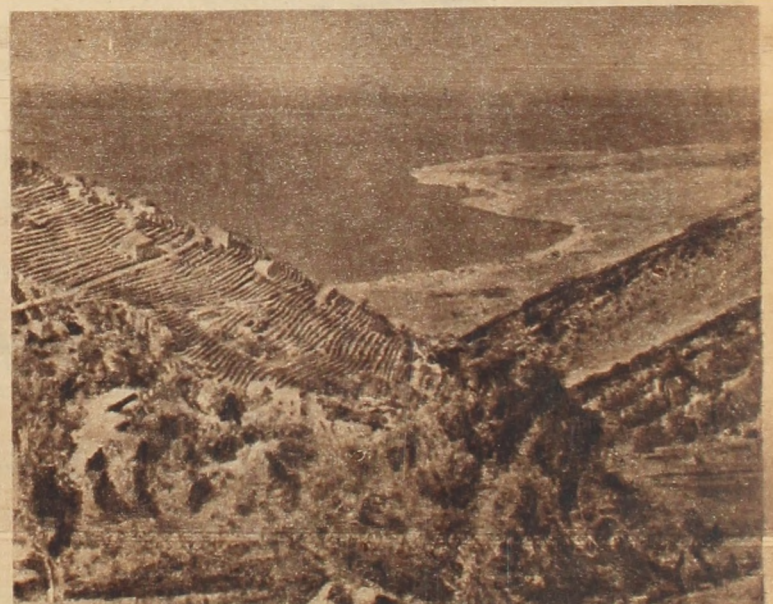
Uno acaba por marearse un poco y acostumbrarse al asombro, lo que de todas maneras, no deja de ser algo raro. Pero sin duda lo insólito, lo desacostumbrado, es normal. Y esto no deja de ser un elogio enunciado en la medida de la inquietud que, desde que pisamos tierra de Asia, nos acecha y mueve.

Fernando GARCIA ESTRADA.

(Especial para EL DÍA).



Los cultivos en terraza, de la parte norteña.



La montaña; las terrazas; el mar.



Palacio de los Condes de Gómara.



La esbelta torre y la hermosa iglesia.



Iglesia de N. S. del Mirón.

SORIA

NO os contaré nada de estas piedras tan viejas que toman el sol, que están tomando del sol, como dos amantes que no pueden separarse jamás aunque los hielos turben a veces su abrazo eterno. (Hay un libro muy hermoso sobre Soria, que acaba de reimpimir la Diputación soriana en homenaje tanto merecido a su autor, ya muerto).

Os entrego unas fotografías que tomé cuando fui a rezar el itinerario de Antonio Machado, pensando en vosotros los que tenéis una patria tan bella y tan distinta y a la que vuela mi pensamiento muchos días.

Ved qué hermosa ciudad románica. "cuna del románico" hubo quien dijo, y qué repleta de monumentos tiene. Tierras rojas, como engrandeciendo recién nacidas, orillan esta ciudad tan severa y tan entrañable; y ár-

boles enormes, olmos, encinas; y árboles esbeltos y frágiles, chopos, álamos; y versos que cantan a Soria, a sus álamos, a sus olmos, a sus gentes viejas del altorino...

¡Ah, qué hermosa ciudad es Soria! El camino que lleva a ella, parte de Madrid y atraviesa caminos soleados, pueblos (como Almazán, como Medinaceli) que no hay palabras para relatarlos. Y luego, el silencio, la paz; el aire frío y fino, buido, de Soria.

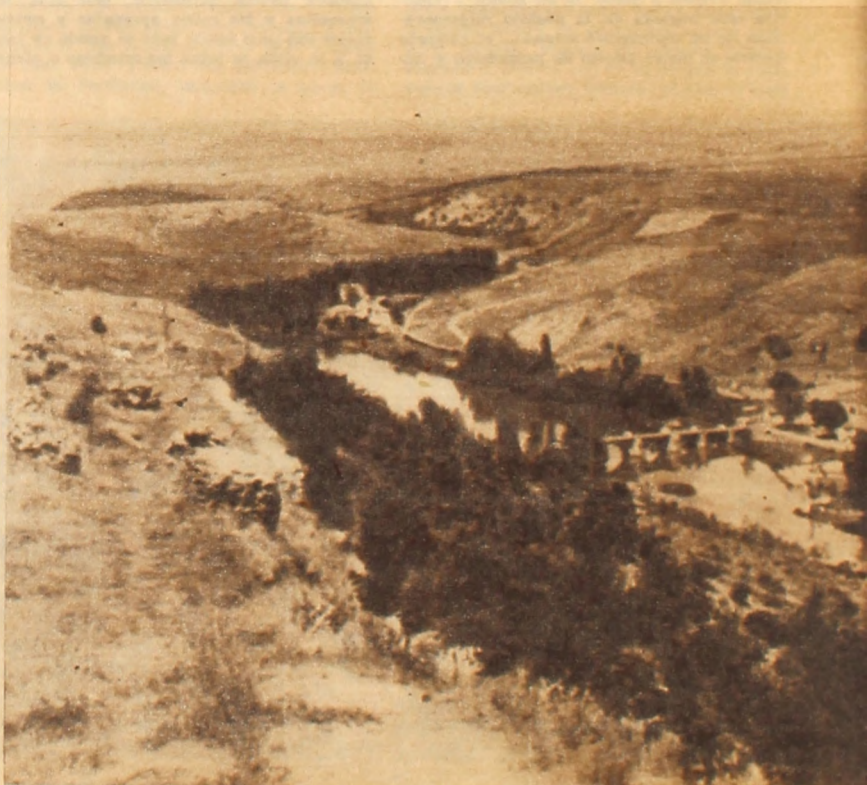
No, yo no os diré qué es cada una de estas piedras. ¡Cualquiera las describe, hermanos! Yo os diré, solamente, que esta es Soria.

Carmen CONDE

1959

(Especial para EL DIA)

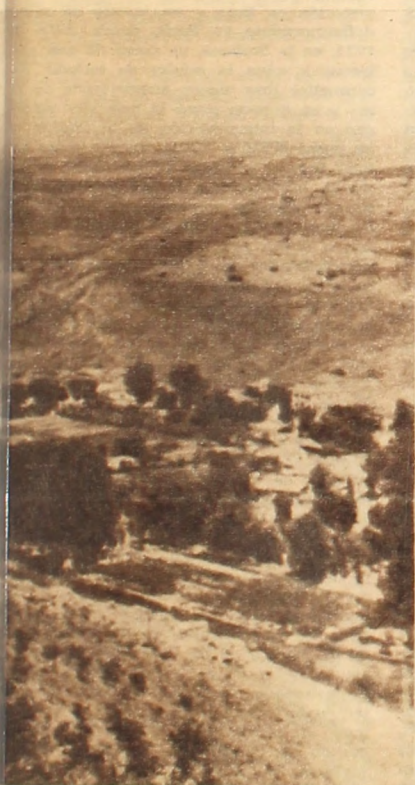
(Fotografías de la autora)



El Duero, desde el Castillo de Soria.



Esto es Soria, bajando a ella desde su ruinoso Castillo...



Al fondo, la calle de los Caballeros.

EN 1909 apareció en París editado por "Mercure de France" un volumen de 270 páginas titulado "Musique ancienne". Su autora era Wanda Landowska, profesora de clavecín en la "Schola Cantorum" y toda una autoridad en la materia pese a su juventud. Había nacido en Varsovia el 5 de julio de 1877 y estudiado en el Conservatorio Nacional Polaco donde se graduó a los catorce años, después de dar a los once su primer concierto público revelando condiciones excepcionales. Se había perfeccionado luego en Berlín bajo la dirección de H. Urban.

Llegada a París en 1900 aquella joven de apenas 23 años, incorporada al profesorado del famoso instituto musical que dirigía Vincent D'Indy creado para perpetuar las enseñanzas de César Frank, no se limitó a las tareas docentes como pianista y clavecinista. Su vida estaba consagrada desde entonces, con apasionado fervor, al estudio, a la restauración y difusión de la música de los siglos pretéritos. Visitó asiduamente y hurgó archivos y bibliotecas para sacar a luz textos olvidados o restituir a su primitiva pureza muchas páginas traicionadas por la impericia o inescrupulosidad de copistas, traductores y editores, o conocidas hasta entonces sólo a través de transcripciones, por haber sido escritas para un instrumento caído en desuso.

"Musique ancienne" fruto impreso de aquellos desvelos —al que se agregan otros libros como "Bach y sus intérpretes" y "Los alemanes y la música francesa del siglo XVIII", etc.— es un delicioso breviario sembrado de oportunas y precisas citas, en el que se refleja la pasión de la artista por la causa que ha abrazado y sirve con inteligente penetración adueñada por entero no sólo del pensamiento sino también del espíritu de los grandes músicos del pasado y de la época en que vivieron, para recrear sus obras en versiones magistrales, infundiéndoles nueva vida. Hace una defensa ardiente de la música antigua, combate el prejuicio del "progreso" en materia de arte musical y profiere notables observaciones y sabios consejos acerca del estilo, la interpretación, el virtuosismo, etc.

No resistimos al deseo de transcribir su sabroso capítulo inicial titulado "¿Es la música un arte moderno por excelencia?"

"Oímos decir muy a menudo en nuestros días que la música es un arte moderno por excelencia. Nació oscuramente en una época poco lejana, habría hecho durante los dos últimos siglos progresos magníficos y nosotros seríamos testigos de su gloria. Hacia mediados del siglo XVIII un músico honés lee en una reunión académica una memoria sobre la música que comienza así: "Se puede decir en verdad que las artes han hecho desde hace dos siglos progresos considerables. Los modernos han sobrepasado a los antiguos". El famoso flautista de Federico el grande, Quantz, traza un cuadro de los más sombríos de la música en Alemania en el siglo XVII: según él la gran evolución daría de muy poco tiempo.

"Hay en nuestros días —dice Voltaire— mil personas que conocen música por una que la conocía en tiempos de Luis XIII y el arte se ha perfeccionado en esa progresión. En la época de Luis XIV, la música estaba todavía en la cuna". Ahora bien, apenas medio siglo antes Bonnet después de haber insistido a su vez sobre los dos siglos de progreso afirma que bajo el reino de Luis XIV el arte musical, al igual que las otras artes, ha alcanzado el triunfo a tal punto que "Francia está tan floreciente como Roma en tiempos de Augusto". Para Berlioz la verdadera música comienza solamente en Gluck y Brossard hacia 1725 se felicita de ver este arte llegado a su perfección. Estoy persuadida de que remontando la corriente del tiempo se encontrará a cada generación orgullosa de haber alcanzado el apogeo de la perfección después de uno o dos siglos de progreso. Felizmente para el lector, no podía aburrirlos más con mis citas, no superando en mucho tampoco mis conocimientos, los dos siglos obligatorios. Cuánto lamento no conocer mejor los autores griegos y latinos! Encuentro en un viejo libro "Sobre lo bello" un extracto de la carta 84 de Séneca. Después de haber insistido sobre el progreso cumplido en su tiempo, escribe: "Tenemos ahora más músicos en nuestros conciertos solemnes que público tenían los antiguos en sus espectáculos". Se podría establecer entonces, la cuna de la música uno o dos siglos antes de Séneca. Sin embargo se nos enciende que los primeros filósofos de la antigüedad eran grandes músicos, hasta se nos dice que cuan-

Una mujer, un instrumento, una pasión...

Wanda Landowska y la música antigua

do las palabras fueron creadas, los hombres ya poseían el canto.

"Es fuerza creer que en cada época se conservan vagas nociones sobre la música de algunas generaciones precedentes y allí donde los conocimientos empiezan a faltar

Lully y Palestrina! Véase el valor de esas chisquitas y apreciaciones en nombre del progreso!"

Otros ejemplos no son menos elocuentes: "Forke!, gran admirador de Bach, encuentra muchas obras del Cantor envejecidas, pasa-

sobre Beethoven?; ¿y contra la admiración de este por Haendel? ¿Y contra la divinización de Gluck por Berlioz? ¿Y contra el celo de Rossini por hacer amar a Mozart en su país, donde se obstinaban en encontrarlo demasiado complicado? Todos los grandes músicos han cometido ese crimen de lesa-progreso... ¿Mozart, no se confesaba él mismo, menos nuevo que Bach?"

Podríamos seguir glosando página a página hasta el final este magnífico y curioso alegato sostenido con tanto calor como abundante documentación, pero lo transcribo hasta para apreciar su ardimiento y elocuencia. No es la eterna querrela de antiguos y modernos. Wanda Landowska no desconoce en ningún momento los nuevos valores. Pero que no le toquen a los antiguos! No admite, de ningún modo, su menosprecio, el concepto de su inferioridad frente a lo moderno. "Por qué temer a tal punto —insiste— la seducción del pasado? ¿Deberíamos, como Ulises, atarnos al mástil y taparnos los oídos con cera para no sucumbir a los encantos del canto de las sirenas antiguas? El Renacimiento, que no fue sino un retorno a la antigüedad, no parece sin embargo, haber sido desastroso para las artes". Es la defensa exaltada de la perfección y la belleza inmutables depositadas en las obras de los siglos pretéritos, realizada por una artista de sensibilidad exquisita. "La música no es —afirma para mayor graficismo— una escolar aplicada que pasa de una clase a otra y sólo en nuestros días acaba de obtener su "brevet" superior".



Wanda Landowska

se sitúa la cuna y se designa un padre al azar. Se consideraba a Joaquín des Pres, el creador del arte musical. Jacques Mauduit llevaba también el título de Padre de la Música. Heinrich Schutz era considerado el Padre de la música alemana. "Poderoso Palestrina viejo maestro, viejo genio/ yo te saludo aquí padre de la armonía! porque como un gran río donde abrevan los humanos/ toda esta música ha brotado de tus manos", escribe Victor Hugo. Bach es también considerado a menudo padre de la música. Los jóvenes nos amenazan con obras maestras que harán olvidar todo lo que se ha escrito hasta nuestros días. Los viejos, esos profetas de la desgracia, proclaman la corrupción del gusto. En su tiempo todo era mejor. Pero el público esa "voz de Dios que no se equivoca nunca", lejos de las exageraciones de unos y otros, celebra los dos o tres compositores muertos hace veinte o treinta años y cuyos artículos necrológicos persisten todavía profundamente trazados en la memoria de todos. "Es un arte fugitivo que la moda destruye", decía Auber de la música".

Los dos capítulos siguientes están dedicados al "progreso" de la música: "La idea de que la música hace día a día, saltos maravillosos hacia el progreso —dice— no data de hoy. Voltaire, Rousseau y todos los escritores del siglo XVIII, a excepción tal vez de d'Alembert nos regalaban en ese sentido hasta la saciedad. Calhazac en sus artículos publicados en el Diccionario de las Ciencias y las Artes llega a precisar: "Como las composiciones de Pergolese, de Haendel, etc. —dice— superan a las de Carissimi, Corelli, igualmente las de nuestros maestros franceses de hoy son muy superiores a las que se admiraban hacia fines del último siglo." El compositor favorito de Calhazac era Mondonville, que sería infinitamente superior a Haendel, Corelli,

das de moda, indignas de sobrevivir. Para Zeiter, Mozart resume por sí solo a J. S. Bach, Felipe Emanuel y Haydn. Fetis considera a Palestrina como autor de excelentes estudios... Hacia 1860 se encontraba a Mozart infantil y a Beethoven rococó, uno y otro demasiado pasados de moda e inferiores a los héroes del día... En todos los tiempos no sólo los espíritus mediocres sino a veces también los músicos enterados imaginaron que su arte había superado el de sus predecesores."

Arremetió luego —nuestra musicóloga— contra Ricardo Strauss que con el título de "¿Hay un partido del progreso en la música?" había lanzado por aquellos días "una especie de encíclica que se denominó pomposamente "el manifiesto de Fontainebleau" donde llegaba a decir: "Aun una perfecta obra maestra no debe considerarse más que como la semilla depositada en el alma de la posteridad para que ésta continúe produciendo cosas más grandes y perfectas." Lo que se cuida muy bien de decirnos el señor Strauss —acota Wanda Landowska— es porqué las obras modernas son más grandes, más perfectas y superiores a las de Bach y Palestrina". "—Es preciso —continuaba el autor de "Sol-mé"— que el instinto natural y recto de la multitud incrua sea defendido contra el eterno partido del regreso hacia atrás que busca siempre ahogar en el ruello su viviente atracción por el progreso". Sin entrar a discutir el concepto dudoso de que la multitud incrua, el pueblo, se sienta atraído por lo nuevo en música. Wanda Landowska argumenta: "Pero a título de qué vamos a exterminar el partido del regreso hacia atrás. ¿Imaginemos a Mendelsóhn preparar las obras de Bach?, ¿a Bach con las de Frescobaldi y Couperin?, ¿a Couperin escribir apoteosis sobre Lully y Corelli? Protestamos contra los escritos extáticos de Wagner

Wanda Landowska ejerció su apostolado en la cátedra con la palabra y la pluma, en conferencias, en libros y revistas musicales y a través de sus repetidas y grandes jiras de conciertos. Virtuosa consumada (en el mejor sentido de la expresión) tuvo como instrumento de batalla el clavecín, consagrada mundialmente como intérprete máxima de ese instrumento y a la vez una de las más grandes intérpretes de la música, en nuestro siglo, a la par de un Toscanini o un Pablo Casals. Después de ejercer el profesorado en la "Schola Cantorum" durante trece años, pasa a la "Hochschule" de música de Berlín donde tiene igualmente a su cargo la dirección de una clase de clavecín hasta 1919. Da un curso de interpretación en Bale y se instala de nuevo definitivamente en París, donde dicta, en 1921, en la Sorbona, un curso de seis conferencias sobre la música de teclado. Sus constantes jiras siguen acrecentando su fama y se impone como la más alta autoridad en la interpretación de la música de los siglos XVII y XVIII. En sus viajes por toda Europa prosigue su búsqueda en archivos, bibliotecas y museos entrecruzando siempre el vasto acervo de sus conocimientos musicales y su cultura humanística. Toma, a la vez, contacto con las más ilustres personalidades de la época; y se dice que su visita a Tolstoy en Jasná Poliana, impresionó al gran escritor ruso al punto de hacerle modificar sus ideas sobre el arte y la música en particular. A raíz de su actuación en España en 1923, Manuel de Falla introduce el clavecín en "El Retablo de Maese Pedro" y tres años más tarde da a conocer su "Concerto" para instrumentos solistas y clavecín, dedicado a Wanda Landowska, una de las obras maestras más notables y de más pura esencia musical de repertorio contemporáneo. Desde entonces, data, puede decirse, la resurrección del clavecín. Desde hacía 150 años había quedado relegado a los museos o convertido en adorno de salón. El rey de los instrumentos durante tres siglos encontró los ocios de las castellanías, animó la soledad de los claustros, fue el confidente de los Frescobaldi de los Bach y de los Couperin, reinó como amo y señor en el teatro y en la iglesia —destronado, derredado y despreciado— terminaba miserablemente sus días transformado en escritorio, en cómoda o barrilete cuando no, salvado por la riqueza de sus pinturas, iba a dormir entre el polvo de algún museo; mudos los teclados de marfil amarillento y las tablas de armonía, deteriorados por la humedad y la injuria de

"HACETE AMIGO DEL JUEZ"



Viejo Viscacha en conciliábulo con el Juez. (Dibajo de Vernazza).

¡ABIAMOS quedado en que para el Viejo Viscacha, —aunque de esto no fuera hecho una disquisición consciente de que la vida es fugaz y la muerte evitable—, cada hombre debe erigirse en su especie de semidiós que no concibe nada más importante que su propia persona, sin excluir a aquellos que son nuestro sustento en el cumplimiento de la ley de conservación de la especie: "El cerdo vive tan ardo y se come hasta los hijos". La brutal conclusión no le surge al tun tun. Retija perfectamente una idiosincrasia en la que el egoísmo característico del intelectual ha sido llevado a su último extremo. Para qué agregar el sufrimiento por los demás a lo que ya sufrimos por nosotros mismos? Si la mayor suma de dolor nos tiene de la vida de relación, hay que soñar sin piedad los sentimientos que cultívala nos impone. De hecho, para cumplir este código, quedan eliminados la mujer,

los hijos, los amigos y su escuela de principios tropológicos, las convenciones y prejuicios, los derechos y deberes. Se trata, en síntesis, de zafar de la maraña de compromisos que aprisionan al individuo como unidad del cuerpo social.

A esta situación de prescindencia feroz ha llegado el Viejo Viscacha, y sus "consejos" vienen a ser algo así, como la destilación de la desolada filosofía que la justifica. En detalle y en conjunto forman la preceptiva del efugio, de la supervaloración del yo, de la conservación a todo trance de la libertad interior. Sin excepción, las sentencias tienen este acento de afirmación del ser como singularidad, exento de toda responsabilidad que vaya más allá de su destino particular. Aceptar las responsabilidades comunes implica comprometer en la misma medida nuestro albedrío, es éste, para el chichero anciano, lo único que importa; pero rechazarlas es marginarse de la moral corriente, porque ésta nace en el momento mismo en que se inicia la convivencia entre los humanos y es inseparable de ella, constituye el reglamento de la civilidad, el lubricante para que la máquina social funcione sin tropiezos. El hombre en soledad, un Robinson Crusoe, no necesita regirse por ninguna ética. Viscacha ha empezado por crearse para sí mismo una isla en medio de sus semejantes. Por eso sus ideas contienen lo que podríamos llamar una docencia al revés, lo que no le impide exponerlas sin la menor intranquilidad de conciencia.

"El primer cuidado del hombre es defender el pellejo..."

El pellejo, es decir, la vida misma, sin la cual todo lo demás es "literatura", como ironizó Rubén Darío. Ni la propia estimación, ni el decoro personal quedan en pie frente a esta cínica proclamación de lo conveniente por encima de lo correcto:

"Hacete amigo del juez,
no le des de qué quejarse;
y si llegara a enojarse
vos le debés encofer,
pues siempre es bueno tener
palenque ande ir a rascarse".

¿Por qué no rechazamos de plano este "consejo" saturado de cobardía moral, y por el contrario el alma popular lo acoge con tanto entusiasmo hasta el grado de convertir su primer verso en adagio? Sin duda porque sabemos que la admonición, ya puesta en práctica por el consejero, es toda ella una perfrasis destinada a disfrazar sus verdaderos fines, consistentes en "ganarle el lado de las cosas" a un poder opresor que por ningún otro camino podía ser combatido. Nos complace todo aquello que de algún modo menoscabe la estructura monolítica de la arbitrariedad. Esta reinaba entonces en el ámbito rioplatense por causas demasiado complejas para ser comprendidas tanto por los que la aplicaban como por los que la padecían.

Cuando el individuo carece de todo concepto sobre el estado que integra, es decir, cuando todavía no se ha formado en él la conciencia del ciudadano, que era el caso de los pobladores de la ingente planicie pampeana en aquellos tiempos (recuérdense las referencias de Martín Fierro al desierto), está contra el Estado por la sencilla razón de que éste le quita muchas cosas y no le da a cambio nada. Pero además está contra el Estado porque el Estado no llega hasta él más que con sus instrumentos represivos a cargo de representantes que, salvo raras excepciones, son prepotentes y corrompidos. Para los paisanos esos agentes eran el Estado mismo y se levantaban contra sus desafueros con la vana ilusión de mellar el poder que los oprimía, sin advertir que detrás de aquellos funcionaba una invisible organización en cadena.

Ilustrativa es sobre este punto la reflexión de un comisario de nuestra campaña, caracterizado por su corrección y prudencia, cuando mataron a Martín Aquino.

—Con la policía no hay guapos —dijo, comentando el episodio.

—¿Por qué? —le preguntaron.

—Porque nosotros somos más que ellos.

Sencillas pero profundas palabras en las que se traduce el tradicional concepto de la "autoridad", que aunque no se basara en la autoridad moral, seguía siendo autoridad

por el motivo incontrovertible de su omnipotencia. Explicado de otra manera, el individuo, colocado en el primer ciclo evolutivo de la democracia, cuando las instituciones formuladas en el papel, todavía no han tomado vigencia en los hechos, está completamente inerte ante las injusticias y desbordes del Estado, pues éste no ha tenido tiempo de crear los resortes que imparen los derechos individuales, ni hay educación cívica para ejercerlos. El retroceso absoluto, en este sentido, se produce en los dominios del totalitarismo, como los del imperio comunista actual, donde el Estado es todo y el individuo no es nada.

Se comprende que José Hernández, profundamente conocedor del medio en que ubicó su poema, que estuvo largamente entre caudillos y gobernantes y fue gobernador el mismo (diputado provincial de Buenos Aires), después de darnos la figura del gaucho épico que arremete contra la autoridad omnipotente con la ingenua travura del toro, creara el tipo de pícaro capacitado para atacarla por la vía de la inteligencia, royéndola por dentro, como ciertos insectos roen, hasta aniquilarlo, el acerado tronco del ñandubay. Es la burla a un poder injusto e infrangible lo que nos concierne con el "consejo" de hacernos amigos del juez, sobreponiéndose al repudio que debería causarnos una insinuación incompatible con el más elemental orgullo varonil. Sabemos que nosotros, cada uno de los lectores de "Martín Fierro", no va a seguir el "consejo", pero celebramos que haya quien lo practique con éxito, a tal extremo está el espíritu humano predispuesto a condenar toda expresión de fuerza que no se base en la razón.

En el pícaro viejo la posición adoptada frente a un Estado arbitrario constituye nada más que una parte de su particular sistema filosófico, enteramente consagrado a la abstención, es decir, a la evasión de todo compromiso que nos ponga en dependencia de los demás, como trataremos de demostrar en nota próxima.

Ramón I. ALVAREZ.

(Especial para EL DIA).

tiempo, igual que sus delicados mecánicos, permanecía en exhibición ante quienes nada sabían apreciar tal vez de su elegancia y su belleza, de su nobleza y antiguo esplendor. En muchos de esos viejos instrumentos, alternando con paisajes, escenas campesinas, episodios mitológicos, solía leerse la inscripción "Sic transit gloria mundi" queriendo sin duda significar que las glorias de este mundo se desvanecen como el humo.

Muchos otros músicos, como de Falla, escriben para el clavecín, resultado por Wanda Landowska. Pouleuc le dedica en 1927 su "Concierto campestre" y siguen luego: Roland-Manuel Ibert, Debjowitz, Jerruck, Martini, Schmitt, Langlas, Bernard, Grunenwald, Folguar, Luchman, Jansman, Franck Martin, Petrossi, Dermuth, Murill, Coleman y cien más de distintos nacionalidades. El clavecín ha vuelto a ocupar su lugar en la orquesta y en los salones de los conciertos. Los instrumentos de cuerdas pulsadas que producen las casas Pleyel y Javeau, especialmente el gran clavecín, construido por la primera, en 1911, según sus indicaciones de Wanda Landowska, recorren el mundo. Y junto a los nuevos creadores, alternan los antiguos. Trescientos años de música! Todo un mundo de sonoridades ummosas, cálidas, preciosas, despierta de su sueño silencioso casi dos veces centenario.

Wanda Landowska instala entretecho en las cercanías de París, en Saint-Leu-la-Forêt la "Escuela de Música Antigua" que se inaugura en julio de 1927 con un memorable festival y se hace famosa en el mundo musical. Cronistas de la época describen su ambiente paradisíaco en medio de las frías rumorosas, como lugar propicio de refugio apacible para el ensueño. Todos los estilos se renuevan allí los festivales y la magia del clavecín, el hada propicia, creadora de aquel retiro inefable, de regreso de sus jiras, dicta sus enseñanzas. Allí perfecciona a sus discípulos. Pero no se trata de una simple escuela de música. El centro cuenta con una excelente sala de conciertos, notable biblioteca especializada y es a la vez museo donde ha reunido y hecho res-

taurar valiosos instrumentos antiguos. Se dan frecuentes audiciones por la maestra y sus discípulos entre los que figuran además de pianistas y clavecinistas, eminentes cantantes y profesionales de otros instrumentos. "Saint-Sau-la-Forêt" tiene algo de santuario al que arriban, como en peregrinación, artistas de todo el mundo, y se le llega a denominar el "Bayreuth francés". En oposición a la épica grandilocuencia sonora y espectacular que señorea en el alemán, allí se recogen grupos selectos, que entienden y gustan la trascendencia sencilla de la discreta expresión a media voz: allí se hacen conocer y comprender, sobre todo, las páginas que ha inspirado el admirable instrumento hasta hacia poco olvidado "donde se mezclan a las más grandiosas arquitecturas sonoras, las más intelectuales combinaciones lineales, lo más tiernos lamentos, las más pintorescas evocaciones del hombre y de la naturaleza".

Wanda Landowska, suprema sacerdotisa de aquel templo elevado a la gloria de las cuerdas pulsadas, estudió y divulgó con hondo fervor no sólo la música de los príncipes, de la época de apogeo del clavecín, los cinco grandes: Couperin (F), Rameau, Bach, Haendel, Scarlatti (D.), considerados clásicos, sino también las de sus predecesores, preclásicos del siglo XVII, entre los que se destacan Byrd y Bull en Inglaterra, Sweelinck en los Países Bajos, el magnífico italiano Frescobaldi los alemanes Troberger y Pachelbel y los franceses Chambonnieres y Couperin (L.) y aun muchas páginas de los discípulos de unos y otros.

Mediante sus estudios, compulsando textos y tratados musicales antiguos logró recrear, "sacar de la nada una técnica completa, sin la ayuda previa de ningún modelo viviente" y forjó su estilo, un estilo exquisitamente depurado, tan lejos de la frialdad escolástica, como ajeno a todo énfasis romántico y sin embargo profundamente subjetivo, emocionante.

Recordamos ahora su visita a Montevideo, a mediados de 1929, el intenso goce espiritual que nos proporcionaron sus audiciones y su trato personal. Era ya una mujer madura, pero conservaba en su rostro

más bien afezado, toda la frescura que da la serenidad de una vida por entero consagrada al espíritu. Hablaba dulce y pausadamente y su discurrir era siempre inteligente, lleno de luces, recatado y ardiente a la vez, con el ardor de los místicos, cuando se refería a Bach o a Mozart al parecer sus mayores devociones. La vemos cruzar el escenario, vestida de terciopelo rojo oscuro, se sienta y queda inmóvil un instante ante el teclado, evocando una imagen del Renacimiento; fija la mirada en el espacio, como abstraída a toda materialidad circundante, parece percibir, penetrar, en aquel momento el secreto del pasado, de ese pretérito que aguarda el prodigio de la nueva vida que va a infundirle la pasión de la artista incomparable. Parece a la vez meditar y medir su propia emoción comunicativa, presta a desgranarse en torrentes de notas y en los primores de un estilo todo equilibrio y seducción, con un enorme don de expresividad: es la intérprete por excelencia, la que se adentra en el espíritu de los creadores, con algo de adivinación y descubre y transmite lo que no puede fijarse en la frialdad de la letra. Bajo la magia de sus dedos pensativos, nerviosos y precisos, todo parece clarificado, iluminado con fulgores desconocidos. Wanda Landowska nos ofrecía un Bach, un Haendel, un Couperin, un Rameau, un Mozart enteramente nuevos...

Hace unas semanas la prensa anunció la muerte de la ilustre artista. Un síncope cardíaco extinguió su vida a los 82 años, el 16 de agosto, en Lakeville (Connecticut). Habíase refugiado en Estados Unidos —como tantos otros artistas— abandonando sus bienes, ante la invasión de Francia por los nazis, en 1940, y después de residir un tiempo en Nueva York vivía retirada en aquella localidad, teniendo instalado en su casa un estudio de grabaciones.

Así, lejos de su santuario de Saint Leu, del que fuera cruelmente desalojada y despojada por la barbarie, y que ya no existe desde hace tiempo, ha muerto en tierras de América esta musa inspirada, de la música antigua. Camille Murlair pudo escribir un día con justicia refiriéndose a ella: "se trata

de una de las más eminentes mujeres de su tiempo y su intervención en el arte contemporáneo al que ha aportado una obra del más alto valor histórico y crítico, es comparable a la de una Rachel conduciendo a las muchedumbres a la más pura belleza clásica". Sus virtudes de intérprete excepcional seguirán apreciándose en sus numerosas y valiosas grabaciones.

A nosotros nos queda el recuerdo emocionado, inefable, de una mujer superior, de una artista de talento y sensibilidad exquisitas, toda espiritualidad. Se hubiera dicho, en verdad, una nueva musa, destinada como tal a la inmortalidad.

Cyro SCOSERIA.

(Especial para EL DIA.)

A Mr Cyro Scoseria
souvenir de
Bach et de Mozart
Musique Ancienne
Wanda Landowska
Montevideo
1929
Dedicatoria al autor en el libro "Musique Ancienne", de Wanda Landowska.

EL DRAMA DE NECO MELENDES

MONTO en pelo, atravesó las maletas por delante, y salió al trote. Enderezó al monte del Pitanguero. Entró por una paca, se apeó, ató el caballo a sogas, y maleta en mano se aminoró a la costa. Hizo un buen fogón, recostó la calderita, sacó los aparejos de pesca, encarnó los anzuelos con pulpa de oveja, encajó el roncador de lata que traía en una estaca que clavó en tierra y sobre la lata atravesó las líneas que tendió sobre el arroyo; una de éstas, que tenía una boya de toco pedazo de ceibo, la retuvo en su siniestra mano. Lió un cigarro, que encendió a yagupero, y bebió un bache de caña que en un frasco grande venía. Se sentó sobre el único cuero que le había servido de silla y cayó en una cavilación que hacía días lo torturaba, a pesar que su voluntad era rechazarla.

Cuando se agotó el agua de la calderita, de nuevo abrió la maleta y preparó el mate. Y en un ritmo regular y espaciado comenzó a sorber la bombilla, a tragar del frasco, y chupar el cigarro.

Total era la quietud del monte, terso el cristal del agua, inmóvil permanecía la boya. Y la cavilación de Neco Melendes se agudizaba martirizándolo. Había huido el monte para combatirlo; pero aquella profunda sensación de la naturaleza no hizo más que excitarlo. Ya había cambiado una vez la cabellera, bajado el nivel del frasco, y encendido cuatro cigarros. Y el problema seguía royéndole el cerebro...

Era domador en la Estancia la Caballero,

Hombre grandote, fuerte, un poco amulatado, de ojos negros y mansos y de mano decir. Usaba melena, negrísima, pera larga y tendida.

Estaba cierto domingo en el comercio de ramos generales del gallego Alvarez — junto al Paso Blanquillo — pegado al mostrador de la sección pulpería, tomando por turno ginebra caliente y grosella fresca. Este era régimen suyo. En ese cumplimiento iba cuando entraron tres mujeres a la sección tienda de la casa. Irrumpieron en el negocio dando unos ¡guza día! cordiales y sonoros. Eran dos viejas y una joven. Y esta joven era lo más hermosa, lo más fantástico que viera Neco Melendes en toda su vida. Comenzó a mirarla embelesado. La puertita que comunicaba la pulpería con la tienda hacia el marco de aquella belleza. En tal marco entraban las estanterías, los dependientes que atendían, y la bizarría cñenta que en ese instante había; pero los ojos de Neco sólo encerraban la joven en el sólo ella existía en el mundo. Un pañuelo verde, una bata florida, una pollera de zirosos vuelos; y una boca... y unos ojos... Bueno, llegó el momento en que los ojos de él, pues la actitud fascinada de Melendes irreflexiva cierto magnetismo. ¡Y la vio sonreír!

Paso una hora. Ella iba y venía, elegía y compraba, se acercaba a la puertita y de allí, poniendo tensa el arco de sus cejas, disparaba una saeta a sus ojos. Y mostraba toda su espléndida devoción al abrir los



labios en una embriadora sonrisa.

Cuando por el imperativo de la cosa y del negociado medio la pérdida de vista, Melendes apartaba el comercio de los trapos. De ahí que a cada aparición de la bella más lo maravillaba.

Bueno; las viejas pagaron y con la joven y doce narvices se fueron. Al campo volvió Melendes y las vio temer a un salto y partir camino adelante. Pero al atrancar el animal del tiro ella le disparó la última flecha de su fabuloso caraj y sus labios se abrieron en una risa subyugante.

Ese día empezó a forjar el problema que rumiaba Neco Melendes junto al Pitanguero.

En el correr del tiempo había podido averiguar el nombre y la querecía de aquella mujer. Se llamaba María Lucinda Báez y vivía en el Rincón del Sauce, no muy lejos del paso.

El hombre recorrió cinco o seis estancias domando, y conoció que aquella visión que no le salía de los ojos le trastornaba el trabajo; y no sólo el trabajo sino el comer y el dormir. Hasta en la misma tempestad de los corcovos se le atravesaba. Fumaba sin medida y bebía igual que fumaba. Cierta vez en una súbita determinación ensilló y salió en un galope desahogado rumbo al Rincón del Sauce. Cuando asomaron los ranchos de Báez suicó, los contempló un instante, y tornó riendas. Volvió como alma que lleva el diablo.

Ahora estaba allí, junto a la corriente del Pitanguero...

Súbitamente zambulló la boya y el roncador crujió bajo el disparo de uno de los aparejos. Y ya sintió el tirón del que tenía agarado — que era el del flotador de ceibo — y vio que la línea que hacía chillar la lata se le iba. Se tiró y pudo asirla cuando se perdía en el agua. Se enderezó.

—¡Pucha, ni que se hubieran combinado, canejol! — masculló entre dientes.

Se acomodó y comenzó a bracear tironeando los dos pioines.

—¡Gran siete, deben ser machazos los bichos!

Y tuvo que poner a prueba su destreza de pescador para empujar las dos líneas que se mecían tensas... Hasta que asomaron dos tarascas inmensas, abiertas las bocas feroces, rompiendo en mil pedruzcos el placido espejo de las aguas en un torbellino de coletazos.

Se apresó Neco para el tirón final. Y lo dio con tal ímpetu que los pescados fueron a dar monte adentro como media cuadra, en tanto él caía a lo largo sobre el brasero del fogón incrustándose el pico de la caldera

en el vacío. El agua hirviendo y los ascuas pusieron resortes en el lomo. Dio un salt que admirara a un yagupero si lo viera. Se asió al agua pues sentía su carne chuscada más de la cuenta. Al fin salió, lanzó un grito terrible:

—¡No, canejol! ¡Vá terminando con esta gazon!

Enfrenó el caballo, levantó la estaca, dejando maletas, aparejos y tarascas, se llevó las ramaciones por delante. Llegó a la estancia — lenguas de afuera su montado y él — y se enfrentó con el "agregado Montiel" — que era el que escribía las cartas —

—¡Escriba, y desguada, lo que vió decirle!

Tan insólita fue la llegada de Neco, tan imponente su actitud, que en menos de lo que un pelado da vuelta el arce, el vie se acomodó contra un cajón, papel y lápiz en mano.

—Escriba: Señorita María Lucinda Báez. No quiero saber más nada, quiero que usted, Dende que la vide he andao como a prgata de rengo, basuriao por sottetas, quemao por fogones, escaldao por calderas, dejando la comida, dándome a la bebida todo por habérmese curd'ao una vez en la tienda y pulpería del Blanquillo ande n hizo más que mirarme y reírse. Asina que dé por terminada la relación le agradezco. Neco Melendes.

Hizo ensobrar el papel, llamó al negro Fortunato Molina, le dio dos pesos y encargó de llevar la carta al Rincón del Sauce.

Ese día, con un caballo de tiro, se perdió de vista. Cruzó la frontera y siguió viaje. Se detuvo luego de caminar doscientas leguas...

Y menos mal que no recibió la respuesta de Lucinda, enviada por el mismo Fortunato Molina, que decía:

—Señor don Neco Melendes: ni tengo el gusto de conocerlo ni colijo lo de la carta que más parece de hombre ido que de cristiano asentado. Si usted es un mulato grandote que vi en el comercio de Alvarez, hará dos meses, le dié que si lo miraba me reía en por el parecido que le había con un chivo pastor que crió mi tío Perico Báez, no sé si lo conoce y disculpe."

José MONEGA

(Especial para EL DIA)

(Dibujo del autor)

Nº 104

OBRAS MAESTRAS

OTTO KOCH

Doña

M^{ra} GUERRERO DE DIAZ DE MENDOZA

A. MIGUEL NIETO



Junta Directiva del Ateneo. Terminó en 1900 la obra del edificio social, inaugurado el 16 de julio de 1900. Sentados: Claudio Willimar, Luciano M. Poenre, Pablo de Maiz, Luis Morquio, Gerardo Arrizabala; de pie: Eduardo Monteverde, Alfredo Pernin, José Cremonesi.

UN escritor mexicano del siglo pasado dijo que los hispanoamericanos habían aprendido a gritar: Grito de Guadalupe, Grito de Asencia, Grito de Yara, Grito de Ipiranga... "Veremos si algún día — comentaba — aprenden a hablar." Es evidente que en algún sector de opinión, en vez de pasar del grito a la palabra, han retrocedido al ruido. De algún tiempo a esta parte Montevideo se ha convertido en una pavorizada selva de aulladores. Es deprimente comprobar cómo algunas colectividades movidas por consignas, se desahogan aullando para expresar sus pasiones o sus odios.

Estos aulladores se exaltan hasta el paroxismo cuando pasan frente a diarios o instituciones que no se mueven por consignas. El hombre consignado no odia tanto al de otra consignación como al hombre o a la institución libre. Los totalitarios, por opositos que parezcan, al fin se entienden, por aquello de que los extremos se tocan. Mussolini se entendió con el Vaticano, como Hitler y Stalin, como Franco y Pío XII, y como el mismo Franco y el espíritu macarthista estadounidense. La razón de ser de un totalitarismo es el otro totalitarismo, y cuando se insultan entre sí, lo hacen, paradoja, en nombre de la democracia. Los comunistas se dicen demócratas cuando atacan a los fascistas, y viceversa. Después de cuarenta años de tiranía comunista en Rusia, después de la terrible guerra que ocasionó la derrota del nazi-fascismo, fascistas y comunistas tienen la desfachatez de dirigirse a la opinión en nombre de la democracia. Y aún hay inmensos que los creen.

Otra cosa es cuando se enfrentan con los auténticos demócratas. Entonces los comunistas nos atacan de fascistas y los fascistas de comunistas. Algunas vez los aulladores pasan en manifestación frente al Ateneo aullando: "¡Fascistas... fascistas!" Y a continuación rotura de vidrios a pedradas. ¿Sabrán estos aulladores lo que significa el fascismo? ¿Qué tantos pueden anotarse ellos en la lucha contra el fascismo? ¿Qué méritos han conquistado como para acusar de fascistas, y éstos de comunistas, a quienes no quieren doblegarse a ningún totalitarismo? La más feroz campaña de aullidos acusadores de fascismo se desarrolló en Europa en 1939, cuando Stalin estaba ultimando su alianza con Hitler.

Sabido es que en la URSS, el régimen comunista incorpora a su tradición la tradición zarista. No podía ser de otro modo, y es laudable el propósito. Escritores zaristas como Púshkin y Lermontov, músicos como Rimsky-Korsakof, instituciones y hombres de ciencia del antiguo régimen han sido incorporados al proceso formativo de la nueva Rusia, pero lo que es plausible en la URSS, los aulladores uruguayos no lo respetan en su país, porque sabido es entre nosotros que el Ateneo de Montevideo es una institución fundacional de democracia y libertad en el Uruguay, y quien no lo respete, aun discutiéndolo, es porque no siente la tradición democrática y libre de los uruguayos.

Leemos papeles viejos — no tan viejos —

y nos enteramos que el Ateneo de Montevideo es la culminación de antecedentes culturales, cuya primera piedra espiritual fue el Club Universitario (1868-1877), Ateneo del Uruguay (1877-1886), Sociedad Universitaria (1875), Confederación Científico Literaria (1886), Instituto Uruguayo (1889), hasta llegar al Ateneo de Montevideo en 1892.

Los 32 años que van desde el Club Universitario hasta el 1900, la cultura uruguaya va definiéndose en función de democracia y libertad, herencia que se concentra en el Ateneo de Montevideo para acrecentarla con nuevos hechos. Leyendo la historia del proceso cultural uruguayo de aquellos años (resumen de ella es el libro del Dr. Arturo Ardao "Espiritualismo y positivismo en el Uruguay"), comprobamos la afirmación del laicismo sobre el confesionalismo, del espíritu civil sobre el castrense, del liberalismo sobre la reacción, del libre examen sobre el dogma. Teoría y acción que se hacen espíritu en el Ateneo y éste lo traslada al siglo XX.

"Frente al crimen del cuartelazo, arrasado los institucionales, empujados todos los focos del pensamiento nacional, era necesario que el Ateneo realiciera sus salones y pasara de nuevo en movimiento su tribuna... Fue eso lo único que yo hice al frente de su Junta Directiva... Y el prestigio del Ateneo representado por las sombras augustas de Prudencio Viquez y Vega, de los tres hermanos Ramírez — José Pedro, Gonzalo y Carlos María —, de Juan Carlos Blanco, de Pedro Bustamante, de Daniel Muñoz, de José Sierra y Carranza, de Pablo de María, de Domingo Aramburú, de Carlos M^a de Pesa, de Alberto Palomeque, de Luis Melián Lafinur y tantos otros que desde la Junta Directiva y desde la tribuna señalaban la ruta a la juventud universitaria y al pueblo en una de las más rudas etapas de la vida nacional.

"Trátemos de que esas grandes sombras continúen gobernando el Ateneo dentro de un ambiente que permita agrupar en la labor común de la cultura a todos los que ardean el engrandecimiento de la patria..." Eduardo Acevedo.

En el cruce de los dos siglos, los pensadores que han dado estilo a la cultura uruguaya han pasado por el Ateneo, pues en él se han apoyado para dar testimonio de su mensaje, frente y perfil democrático y libre. Pero lo que parecería natural en una institución denominada Ateneo, tratándose de la cultura uruguaya, adquiere contorno universal corroborando la actitud asumida por el Ateneo ante los grandes acontecimientos internacionales.

Anotan los aulladores que en el Ateneo nació, se disciplinó y se hizo impulso público el espíritu de protesta ante la dictadura de Terra?

"El Ateneo de Montevideo — decía en 1938 su presidente Pedro Díaz — después

de un prolongado letargo moral e intelectual fue despertando de su sueño por el derrumbe de las instituciones democráticas... puesto de pie frente a la dictadura, ha procurado desde entonces, servir la causa del Pueblo, de acuerdo con su vieja, gloriosa tradición de libertad y de cultura." (Ambas citas corresponden a la memoria "Del Club Universitario al Ateneo de Montevideo", 1868-1948, cuyo nombre de autor ignoramos).

No lo deben ignorar los líderes del aullido, aunque acaso fermentó en ellos una reacción de resentimiento, por cuanto aquella dictadura era reflejo uruguayo del sarrmipión totalitario bolchevique. Luego, durante la agresión italiana a Abisinia, allí estaba el Ateneo, y lo mismo durante la agresión nazi-fascista a España, y a Checoslovaquia y a Polonia. Y durante la guerra en la trinchera de la democracia y la libertad frente al totalitarismo. Naturalmente que la protesta del Ateneo contra la invasión nazi-fascista en España no podía agrar a quienes baladronando sobre el "ejército más potente del mundo", permitieron el derrumbamiento de la República Española. Tampoco podía agrar la protesta contra la invasión nazi de Polonia a quienes se la habían repartido con Hitler. Esto lo ignoran los aulladores de última hora pero lo conocen los aulladores de aquellos años afrentosos. Por si faltaba algo, la actitud del Ateneo frente al genocidio so-

rismos y dictaduras. Consideramos que quienes tienen adquiridos compromisos con tales regimenes, no compartan la misión ateneísta de defender al hombre perseguido, pero ¿cuál debe ser la actitud del espíritu libre?

Hay una especie de intelectual que cree poder nadar entre las dos aguas totalitarias, permaneciendo indiferente en la contienda. Indiferencia es fatalismo, y no es fatal el triunfo del comunismo, tampoco el del nazi-fascismo, pero es irracional cruzarse de brazos frente a la marcha de esos dos rodillos aplastadores de la independencia del hombre. Lo que importa al intelectual es tomar partido en la defensa de su razón de ser intelectual, es decir, la defensa de su libertad de investigación y de creación.

El intelectual debe ser vanguardia en la reconquista de las grandes palabras que no fueron sólo palabras sino que se convirtieron en hermosas conquistas para la liberación del hombre: democracia, libertad, igualdad, fraternidad, justicia social, respeto a la personalidad humana, palabras hoy baboseadas por todos los demagogos de izquierda y derecha. Los intelectuales de hoy se desentienen de esas palabras considerándolas caducas para las conquistas hisóricas de nuestro tiempo. Grave error su deserción.

Su misión es respaldar a aquellas instituciones que proclamen el derecho del hombre a su vida. Si ellos no se incorporan a

viético en Hungría motiva el odio de los aulladores de hoy.

¿Todo virtudes en la labor del Ateneo? Tuvo también sus fallas. Para hablar de una reciente nos referiremos al traspie que el Ateneo le hizo dar al autor de estas líneas con aquel desdichado Forum Antitotalitario. Aceptamos tomar parte en él porque era antitotalitario, pero lo cierto es que quedó cojo. Tuvo lugar la primera parte, la anticomunista. ¿Para cuándo la segunda, la antinazi? Por eso lo que en el fondo pudo tomarse como Forum antitotalitario, en la forma podía considerarse como macarthista. Hace falta un Forum en el Ateneo que ponga en la picota a los que en Europa y América están preparando el caldo de cultivo para el advenimiento del totalitarismo de derechas tan nefasto como el de izquierdas.

El Ateneo ha sido el refugio de cuantos europeos, o hispanoamericanos, han llegado a las playas uruguayas huyendo de totalita-

esa lucha acabar por convertirse en las víctimas más desdichadas si por desgracia llegara a triunfar el totalitarismo. La esclividad que se ignora puede resultar ingenua, pero la que se comprende debe ser desesperante, y la misión del intelectual es en primer lugar comprender.

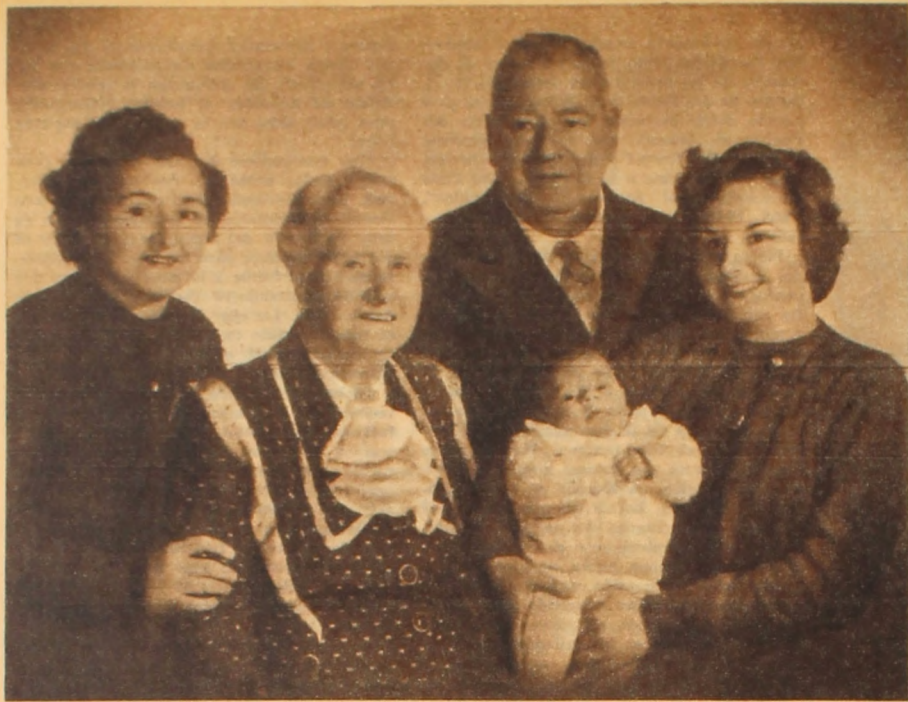
La deserción de los intelectuales del cumplimiento de su deber intelectual invalida dejar el paso libre a los aulladores, manada de perros serviles o lobos camuflados, y el hombre no puede cumplir misión digna en un régimen para perros o lobos. Las ofensas al Ateneo recaen sobre toda la inteligencia uruguaya. No se escapan de ellas los neutros, ni siquiera los que, siendo intelectuales, militan ya en ideologías totalitarias, a no ser que hayan renunciado a su condición intelectual para convertirse en simples aulladores.

F. FERRANDIZ ALBORZ

(Especial para EL DIA)



Fachada del Ateneo, sobre la plaza Cagancha.



¡Cinco generaciones! La Sra. Luisa T. de Peirano, que el próximo mes cumplirá 86 años, y que aparece en la fotografía acompañada de su hijo, nieta, bisnieta, y tataranieto.



MARIA ADELA VARELA VILARIÑO, que el día 25 de agosto cumplió siete años.

RECUERDE UD.

SUPERIOR CALIDAD!!

BOBINAJES Y ARMADOS
PARA MOTOR DE 500
WATTS
DE 1000W A
2000W

Modelo "BSSA"

RECONSTRUYE Y REPARA

Se presta en todos los barrios de la zona, al ser llevados nuestros
"BSSA" en cada unidad RECONSTRUYE



EN OTRO PRODUCTO
NUESTRAS

Establecimiento Industrial y Comercial JADRA 155A
VIA 1624 - TELÉFONO 282241

INFORMACION GRAFICA



Profesores y familiares asistentes al interesante festival realizado en la Escuela "Francis" con motivo de la exposicion de obra de arte.



Café El PAULISTA

Es buena hasta la última gota!

PERIÓDICO A LOS TELÉF. 23472 y 200372

CAFE PURO PAULISTA MOLIDO A LA VISTA

muebles Comodin

ADAPTANES A
TODO AMBIENTE

MUEBLES SAN con
opulencia, elegancia,
línea,
Fuerza de color,
Cuatro cajones y
estante para libros
y cerámica.



Mueblería SAN FERNANDO

10 DE JULIO 2131 Telé. 48 32 97
entre Juan Fariñas y J. Requena



Acto inaugural de la Exposición de Arte Francés. Pintura y Escultura del Uruguay, realizado en el salón de actos de la escuela "Francis" el día 18 de este mes.

Tarzan

por **EDGAR RICE BURROUGHS**

NI LAS ABISMALES PAREDES ROCOSAS, NI LAS PELIGROSAS AGUILAS, DETUVIERON A TARZAN E ITO EN SU BUSQUEDA DE LOS SECRETOS DE LA MONTANA... EN LO PROFUNDO DE LA SELVA INMENSA.

5000 METROS SOBRE EL NIVEL DE LA VILLA DEL BRUJO, TARZAN ESPERABA ENCONTRAR UN TOTAL AISLAMIENTO DE LA CIVILIZACION Y SUS GUERRAS.

EL MUNDO QUE CONOCEMOS, ITO, ESTA MUY ABAJO. DEBEMOS ANDAR CON CUIDADO!

TARZAN, MIRA!

VOY DONDE VAYAS TÚ, TARZAN, PERO ES DIFÍCIL RESPIRAR, ACÁ ARRIBA.

NUNCA VÍ ANIMALES TAN GRANDES, TARZAN.

LAGARTOS GIGANTES? LOS CIENTÍFICOS CREEN QUE SE HAN EXTINGUIDO.

COMO EN LOS TIEMPOS PREHISTÓRICOS, IMPOSIBILITADOS DE CORRER, SE ALIMENTA DE LO QUE VUELA HACIA ELLOS.

LOS LAGARTOS GIGANTES VIVEN DE... MURCIÉLAGOS CIEGOS. MIRA COMO LOS CAZAN.

PERO, TARZAN, SUS BOCAS SON TAN ENORMES COMO PARA TRAGARME A MÍ.

BILL ELLIOTT
JOHN CLARKE



Nutre,
vigoriza,
fortalece.

TODDY

No tiene,
ni puede
tener similares



PRIMAVERA

en las TELAS... y es de ORO!

porque cumple las primeras cincuenta la sección tejidos más completa del país.



EXCEPCIONALES OFERTAS DEL CINCUENTENARIO

GLEN ESCOCES
en bonitas combinaciones de colores, para vestidos sport. Ancho 1.00, el metro **\$5.50**

PRINCIPE DE GALES ESCOCES y CUADROS
en gran variedad de colores esfumados. Ancho 1.00, el metro **\$7.50**

CUPRAMAR DE LANA Y SEDA
a cuadros y rayados, colores firmes. Ancho 0.90, el metro **\$3.20**

LANA y SEDA JASPEADA
tejido ideal para la media estación. Ancho 0.95, el metro **\$6.50**

ALPACA MELANGE INARRUGABLE
regio tejido de gran actualidad. Ancho 1.00, el metro **\$9.50**

FLAME SIMIL LANA,
moderno tejido para Primavera y Verano, en delicados colores. Ancho 1.00, el metro **\$4.50**

CASA MATRIZ Av. AGRACIADA 2302 esq. Marcelino Sosa Tel. 20 09 61

SUCURSAL GOES - Av. GENERAL FLORES 2341 esq. Marcelino Berthelot - Tel. 2 4 200 2 43 00 - 2 44 00

SUCURSAL CORDON - Av. 18 DE JULIO 1601 esq. Carlos Rozto - Tel. 40 41 11

PROGRAMACION DE CASA SOLER EN SAETA T.V. Lunes y Miércoles a las 20 horas presenta el Escenario de Variedades y los Martes a las 21 y 15 hs. la Gran TELEREVISTA, con las mejores atracciones de la T.V.



CLIENTES DEL INTERIOR: Dirijan vuestros pedidos a nuestra CASA MATRIZ - Av. Agraciada 2302 y M. Sosa.

50 AÑOS BRINDANDO

Precios al alcance de todos

